

EDITORIAL

CON LA FRENTE EN ALTO: EL TEMPLO DE NUESTROS MINEROS

El oficio de minero ha sido, desde siempre, sinónimo de esfuerzo, de trabajo duro y agotador. La roca, la oscuridad y el silencio profundo de la mina no han sido nunca obstáculo para quienes, con casco y lámpara, se adentran a diario en las entrañas de la tierra. Los avances tecnológicos han cambiado muchas de las formas de trabajo, especialmente en la gran minería. Sin embargo, permanece intacto el orgullo de ser minero y el papel insustituible de esta actividad en el desarrollo del país y de nuestra región.

Hoy ese orgullo y ese temple vuelven a ponerse a prueba. El reciente accidente en la División El Teniente, que ha teñido de luto a la Región de O'Higgins y a todo Chile, nos recuerda que, incluso con todos los progresos en seguridad y técnica, la minería sigue siendo un oficio de riesgo y de coraje. Frente al dolor, la respuesta de la comunidad minera ha sido la misma de siempre: la solidaridad silenciosa, la fuerza colectiva y la voluntad de ponerse de pie. Porque la historia de este oficio es también la historia de la resiliencia. La gran minería ha atravesado crisis, caídas en el precio del cobre, reestructuraciones y tragedias humanas. Y, aun así, quienes la sostienen —hombres y mujeres de distintas generaciones— han sabido adaptarse, reinventarse y seguir extrayendo de la tierra no solo mineral, sino también dignidad.

En este día, nuestro reconocimiento va para todos ellos: a los trabajadores de El Teniente, que día a día escriben una página más de una historia centenaria; a los pequeños mineros de Chancón, que mantienen vivo el pulso de una tradición artesanal; a los mineros no metálicos, como los salineros de Cardenal Caro y los canteros de Pelequén, que moldean con sus manos lo que la naturaleza entrega.

La esencia del minero ha sido descrita con belleza y verdad por voces como la de Atahualpa Yupanqui:

"El minero no anhela disfrutar el oro. Su dicha es descubrirlo. La muestra que en su mano brilla, vale todo el palacio de los que tienen el oro sin haberlo soñado, ni buscado, ni sufrido... El minero es así, doma el misterio y se queda dormido sobre su potro de piedra solitaria."

Y, como recordó nuestro Oscar Castro en Llampo de Sangre:

"Désele al minero la mejor veta del mundo y siempre seguirá en pos de otras, porque el verdadero mineral que busca... está en su propia sangre. Es una riqueza que ningún ser humano podrá medir jamás."

Hoy, en medio del duelo y la memoria, esa veta sigue latiendo. La minería de nuestra región no es solo una actividad económica: es un carácter, un modo de mirar la vida, una forma de pararse frente a la adversidad. Y así, como tantas veces antes, los mineros se levantarán nuevamente, con la frente en alto, para seguir domando el misterio de la tierra.

Luis Fernando González V.
Sub Director